

Y en efecto, señores: la palabra; ese lazo de amor, esa melodía del alma, es para el hombre, como ha dicho muy bien un célebre escritor, un manantial inagotable, una fuente perenne de inspiracion, de entusiasmo y de gloria. Mas ¿quién podrá comprender, añade, esa actividad interior, por la cual hacemos de un instrumento tan grosero, de una fuerza tan indócil, un instrumento tan armonioso, una fuerza tan magnífica? ¿Quién podrá penetrar en los misterios de esa fermentacion, que hace que en un momento dado, momento solemne en la vida de la inteligencia, la llama escape del espeso humo, y el fuego sagrado que dormia bajo la ceniza, se reanime, se inflame y se remonte al cielo?

(Y sin embargo, señores, tal es el destino y el poder de la elocuencia; de la elocuencia, que es la poesía de la palabra; que es una arma destinada solo para la conquista; que es un Numen que habla por la boca de un mortal inspirado, para imponer silencio á las malas pasiones y á los bastardos intereses, y consagrarse solo á la defensa de la verdad, de la razon, de la humanidad, de la justicia, de las leyes y de la religion.)

Y he aquí el momento de defender á la elocuencia, de las injustas acusaciones que le dirigen algunos filósofos y otros austeros moralistas. Ellos han mirado en la oratoria un peligro, y la han condenado como tal. Han creído que el orador solo se propone seducir á los que le escuchan, dándoles á beber un brebaje que turbe su razon. No es esto absolutamente exacto; no, el orador que presta sus servicios á una mala causa, prostituye las dotes brillantes de que le ha colmado el cielo. (Lo primero, es estar penetrados de la verdad y justicia de la causa que se defiende. Sin esto, el orador no es orador; será á lo mas, un ingenioso retórico, ó un detestable so-

fista.) Verdad es que la elocuencia excita las pasiones, y de ellas saca partido; pero es y debe ser siempre un partido razonable, conforme á las leyes severas de la moral. Toma á los hombres como son, y aprovecha los medios que su naturaleza le ofrece para conducirlos al bien. Con este solo objeto debe lidiar el orador, y lidiar sin descanso. Sócrates no quiso defenderse, cuando vió que su virtud no bastaba á imponer silencio á la calunnia. No imitemos nosotros en esta parte su ejemplo. (La elocuencia tiene una mision sublime que llenar sobre la tierra, y nunca debe enmudecer á la vista del peligro, ni por el despecho, ni por las dificultades, ni por ninguna otra consideracion interesada ó medrosa.)

La elocuencia tiene dos caractéres diferentes, ó mas bien, opuestos; la calma y la impetuosidad; y bajo este punto de vista podemos compararla al mar. El mar, en las horas inefables de serenidad y de calma, suspira dulcemente como un niño; parece dormido sobre el lecho de sus arenas; su superficie refleja como, un espejo, los astros todos del firmamento, y se ostenta limpia y tersa como la hoja de un sable. Mas en seguida braman los aquilones, se revuelven las aguas, se amontonan las olas, escupen sus espumas á las nubes como si quisieran con ellas apagar el rayo que lanzan; y en aquellos momentos, la vista de este espectáculo imponente, inspira al mortal que lo contempla, profundos y variados sentimientos, de terror, de espanto y de sorpresa indefinibles. Así la elocuencia es dulce, tranquila y armoniosa, cuando representa objetos agradables; es el harpa melodiosa que halaga nuestro oido para dominar dulcemente nuestro corazon; corre pura y límpida como las horas fugitivas de la infancia, en que el hombre vive

solo en sí mismo, y vive en sus mas bellas ilusiones y en sus mas encantados sueños. Pero llega el momento solemne en que el orador se agita en las tempestades del pensamiento; y entonces es un Oceano sin riberas, es un torrente desbordado, es un atleta formidable é invencible; es un hombre, ó por mejor decir, un semi-Dios, que por medio de grandes imágenes, produce en nosotros grandes emociones, que se hace dueño de nuestra sensibilidad, de nuestra cabeza, de nuestro corazon, y que se apodera de nuestro ser por asalto, y sin dejar-nos lugar alguno á la duda ni á la resistencia.

¿Mas por qué fatalidad los hombres que mas han sobresalido en la elocuencia, no nos han dejado por lo comun, reglas ó preceptos que nos pudiesen servir de guía para imitarlos? Sea que el talento del escritor y del orador se excluyen frecuentemente; sea que estas lumbreras de la ciencia, elevados á tan grande altura, no hayan querido volver los ojos para ver los caminos ásperos y difíciles que recorrieron con tanto trabajo; sea que ocupados exclusivamente en sobresalir para reducir á la oscuridad á sus rivales, hayan preferido mecerse en las elevadas regiones de la imaginacion y del entusiasmo, á descender á la ímproba tarea de marcar todos sus pasos y la huella que dejaron en su vuelo rápido y atrevido, ello es lo cierto que han preferido trepar la senda á allanarla; que han querido mas bien levantar el edificio, que alumbrar su entrada. Nosotros procuraremos alumbrar esta entrada por medio de reglas y preceptos, confiados en que vendrán despues otros mas felices que lleven la luz hasta las últimas bóvedas de ese templo de gloria y de inmortalidad.

Mas al hablar de reglas, naturalmente se ofrece al espíritu de indagacion una cuestion importante. ¿Es la

elocuencia un don natural que el cielo concede á unos y niega á otros, segun le place, ó es por el contrario, una ventaja que puede conquistarse y adquirirse por el arte y por el estudio? Ciertamente se necesitan disposiciones naturales, y el que no las tenga, despues de trabajar mucho, tendrá que concluir con aquello de *sudet multum frustra que laboret*: el que no tenga genio, es inútil que quiera robar el fuego cual Prometeo: podrá alguna vez remontarse, pero no será mas que para ofrecer el triste espectáculo de una lastimosa caida. Mas sin embargo, es seguro que el arte y el estudio desarrollan aquellas disposiciones, y algunas veces hasta las hacen germinar, de lo cual es buen ejemplo Demóstenes, que ya estaba decidido á renunciar á sus tentativas oratorias, en vista de la desgracia de sus primeros ensayos, cuando un célebre actor amigo suyo, tomó á su cargo dirigir sus trabajos, con lo cual vino á ser el padre y el príncipe de la elocuencia de los siglos.

Mas no nos engañemos, no obstante, acerca del valor y utilidad de las reglas. Ellas tienen, es verdad, la ventaja de mostrar los medios que la experiencia y la observacion han demostrado ser los mejores; pero tambien tienen la desventaja de dar esterilidad y servilismo al espíritu, y de ofrecerle no pocas veces el error, como si fuese una verdad acreditada. Por otra parte, no todas las reglas pueden mirarse como invariables, y así antes era una muy respetada, que el poema épico no podia escribirse sino en verso, y despues hemos visto y admirado el Telémaco de Fenelon, puesto en prosa. Sobre todo, el genio, cuando desplega sus anchas alas, no quiere cárceles ni ligaduras que lo aprisionen ó impidan al menos su vuelo variado y atrevido. No admite ni compás ni nivel: él es su propio regulador y su propia guía.

Las reglas, pues, solo deben servir de puntos de vista para no extraviarse en la larga carrera que se tiene que recorrer. Son como los pilares que están en los lados de los caminos, que dicen al viagero que no ha perdido la direccion, pero que no embarazan en manera alguna la velocidad de su marcha. ¡Desgraciado el orador que al elevarse á las regiones del pensamiento, no aparte nunca su vista del materialismo de las reglas! El niño á quien se lleve siempre de la mano, ciertamente no andará mucho.

El destino de la elocuencia es inmortal, porque el destino tambien inmortal de las naciones, la defiende y protege. En el desenvolvimiento actual de las sociedades, en esa liza siempre abierta al talento y á la palabra, en ese combate siempre vivo de la tribuna, querer desterrar de las discusiones á la elocuencia, seria tanto como querer robar al mundo el sol que lo calienta y vivifica. La elocuencia, por lo tanto, no puede perecer; y de ella debe decirse, lo que Doña Gertrudis Avellaneda ha dicho de la poesía, en su canto al genio:

Que la palabra que lanzó el poeta,
A la ley de morir no está sujeta.

Mas la elocuencia es doblemente inmortal, por la mision protectora que le está encomendada sobre la suerte de los pueblos, y que ha llenado siempre dignamente en la historia. Mientras se dejó oír la poderosa voz de Demóstenes, Atenas se salvó. Ciceron habla, y Catilina ve destruirse todos sus proyectos. Solo cuando degeneró la elocuencia, se hundió Roma con sus brillantes destinos.

Pero si la elocuencia es inmortal, los oradores mueren pronto; porque una vida tan agitada y llena de ins-

piracion, no puede ser duradera. Ciertamente el orador no habla como la Pitonisa, con sonidos inarticulados y confusos, arrancados en medio de las convulsiones y del dolor: mas como se remonta á tan elevadas regiones, suele parodiar la fábula de Icaro; el fuego le abrasa y le lanza en los mares de la eternidad. La llama que le anima, tambien le devora y le consume. Craso, el primer orador romano, murió despues de haber pronunciado un elocuente y fatigoso discurso, de resultas de una fiebre que le produjo, y que solo le dejó siete dias de vida. Mirabeau fué tambien aniquilado y muerto por la tribuna. Danton, Camilo Desmoulins y otros oradores del tiempo de la revolucion francesa, espiraron en el cadalso, víctimas de la persecucion política. Los partidos, en la embriaguez de su triunfo, no podian sufrir la independecia ni el combate rudo de la palabra. Tal fué la suerte de los girondinos.

Hechas estas generales observaciones, entremos ya en el terreno de las reglas. No se crea que solo hay elocuencia en la palabra: la hay tambien á las veces, en el silencio y la inmovilidad. Hay sentimientos que el hombre no puede explicar; porque así como la música tiene sonidos tan agudos, que no alcanza ninguna voz cantante, así tambien existen afectos que la imaginacion comprende, que el corazon los mide por sus latidos, pero que las lenguas no encuentran palabras para expresarlos. Ved aquí un pasage del anciano y virtuoso Flavio. Precicado á ir á Roma, á implorar al emperador en favor de los habitantes de Antioquía, contra los cuales estaba muy irritado, llega al palacio, descubre al soberano, y en vez de dirigirle una palabra suplicatoria, se arrodilla, inclina su venerable cabeza sobre el pecho, permanece inmóvil y silencioso, y riega la tierra con sus

lágrimas. El emperador le ve; se halla conmovido por la presencia y por el aspecto de aquel hombre, á quien todos respetaban; se llega á él, lo levanta, y le manda que hable. ¿Para qué necesitaba hablar, si ya tenia mudamente concedido el perdon que venia á implorar? ¿Qué exordio tan elocuente! ¿Qué oracion, por mas sentida que fuese, hubiera podido igualarle?

Los trágicos griegos, que tan bien poseian el secreto de producir vivas y grandes emociones, han puesto en sus obras frecuentemente en juego este medio. En una tragedia de Eurípides, Hércules, á quien una diosa enemiga habia turbado la razon, en uno de sus accesos, mata á sus hijos. Recobra despues el juicio, conoce su error y su desgracia, ve la sangre de que están bañadas sus manos; y sin pronunciar una palabra, sin exhalar una queja, se cubre la cabeza y se arroja desesperado al suelo, donde permanece inmóvil y en silencio, en medio de los inútiles consuelos que quieren prodigarle sus amigos. ¿Qué discurso, por vehemente que fuese, hubiera podido penetrar, como este triste cuadro de horror y de desesperacion?

Pero hay tambien otra clase de elocuencia, que consiste en la accion, independientemente de la palabra. Un guerrero es acusado de un delito que no se aviene con la elevacion del alma ni con el valor que la acompaña. Hace su defensa; la esfuerza; pero en medio de su peroracion, calla; rompe sus vestidos, y muestra un pecho lleno de cicatrices de otras tantas heridas recibidas en defensa de la patria. ¿Qué figura oratoria, qué imágen, por feliz y atrevida que fuese, hubiera podido ganar en tan alto grado, la conviccion y el corazon de los jueces? La vista del puñal de Lucrecia y de las ropas ensangrentadas de César, contribuyeron mas á mudar los des-

tinós de Roma, que todos los discursos que hubieran podido pronunciarse sobre los tristes sucesos á que se referian aquellos recuerdos mudos.

Pero no se crea que la elocuencia es el patrimonio exclusivo del orador. Puede tenerla el hombre rudo é inculto, y hasta el salvage. Un general musulman muere en la batalla, y sus soldados, que todo lo esperaban de su valor y de su brazo, desalentados por esta desgracia, principian á huir, cuando un capitan les grita: “Cobardes, ¿dónde huis? Se os dice que Derar ha muerto; mas ¿qué importa? Dios vive y nos mira: marchemos.” Ved aquí un rasgo elocuente, y sin embargo, aquel capitan no era orador.

Oigamos ahora las sencillas, pero arrebatadoras palabras de un marinero, que hicieron que la Inglaterra declarase la guerra á España. “Cuando los españoles, dijo, despues de haberme mutilado, me condenaron á muerte, encomendé mi alma á Dios, y mi venganza á mi patria.”

Hemos dicho que hasta en los salvages pueden encontrarse rasgos elocuentes; y esto nos recuerda la respuesta que dió una tribu á los misioneros, que la querian obligar á alejarse del territorio en que se hallaba establecida. “Nosotros hemos nacido en esta tierra, dijeron: en ella reposan los huesos de nuestros padres. ¿Diremos á los huesos de nuestros padres: levantaos y venid con nosotros á buscar una tierra extranjera?” Todos estos pasages son á la verdad elocuentes; y sin embargo, no eran oradores las personas que los pronunciaron; porque hay una diferencia inmensa entre ser elocuente y ser orador. Para lo primero, basta á las veces, estar conmovido, sentir con viveza, y saberse expresar con facilidad; mas para lo segundo, es necesario poseer

un gran caudal de conocimientos; por lo cual nos dice Ciceron, que *in omnibus disciplinis et artibus debet esse instructus orator*; es necesario conocer todas las reglas, los resortes del corazon humano, sus pasiones, y el modo de herirlas; es necesario, en una palabra, poder seguir todas las ondulaciones del pensamiento, é inspirar á los demas las ideas y los sentimientos de que nosotros nos hallamos poseidos. No debemos, pues, mirar como orador, ni dar el nombre de tal, sino al que posea el secreto de producir los afectos, y variarlos de tal manera en sus oyentes, que le convenga la pintura que Driden hace en su oda titulada *El Festin de Alejandro*, del ascendiente que el cantor Timoteo ejercia con su voz y con su lira, en el ánimo de aquel príncipe.

El Macedonio celebraba un convite, á que asistian todos sus guerreros, y sentada á su lado estaba la bella y amable Tahis. Descollaba el músico en medio de la concurrencia, y empieza por cantar el poder de Júpiter. Alejandro se posee de tal modo, que se cree ser el padre de los dioses; revela en sus miradas y ademanes la conviccion de su omnipotencia, y mueve su cabellera como dice Homero en la Iliada, que la movia el dueño del Olimpo.

Canta despues Timoteo las glorias de Baco, y Alejandro, ébrio de entusiasmo, cree, en sus trasportes, tener delante las huestes enemigas; echa mano á la espada, y se arroja ciego á romperlas.

Quiere despues Timoteo traer al héroe á la compasion, y hace vibrar un sonido melancólico, que representa la suerte de Darío y de su infortunada familia. Alejandro abre su pecho á la lástima y á la piedad, y oculta su rostro anegado en llanto.

Invoca Timoteo con su lira al dios de los amores, y

el Macedonio, extasiado, busca los ojos de la hermosa Tahis, la mira, suspira, y va á imprimir en sus labios el beso dulce de una pasion embriagadora.

Resuena de nuevo un sonido guerrero, y Alejandro, respirando solo muerte y destruccion, se levanta, toma una hacha encendida, y guiado por la seductora Tahis, pone fuego al palacio. He aquí el poder sobrehumano que Driden concede á la música, y que yo deseo en el orador. Sí, señores; porque el orador, siguiendo los rumbos del pensamiento y plegándose á todos los tonos, en tanto debe ser el trueno que rasga las nubes, y la tempestad que amenaza tragarse la tierra, y en tanto la mañana serena y apacible, vestida de flores, y arrullada por las auras; en tanto el mar embravecido, que azota las playas con el sacudimiento de sus olas, y en tanto el manso arroyuelo que alegra la pradera con su frescura y con su blando murmullo; en tanto el leon, que asusta el desierto con su espantoso rugido, y en tanto la tórtola que gime dulcemente en el bosque, ó el ruiseñor que encanta los jardines con su melodía; en tanto la trompeta terrible, que ha de sonar al fin del mundo para hacerle despertar de su letargo, y en tanto el suave laud, que suspira solo amores en las manos del trovador.

¶ Pero para que el discurso produzca este efecto mágico, para que hiera como una conmocion eléctrica, es necesario que una de sus principales cualidades sea el calor en los sentimientos. Para adquirirlo, hay un medio y una regla. El medio está reducido á penetrarnos y poseernos bien del asunto; y la regla, á huir todo lo que sea ingenioso, sutil y espiritual. De aquí una consecuencia; que el pueblo es el mejor juez respecto á lo que conmueve; porque cediendo siempre á pasiones generosas, ageno al frio cálculo, á las cábalas y las mise-

rias que pervierten la razon y hasta el sentimiento, tiene viva la fuente de todo lo que es grande, y encuentra eco en su corazon, todo lo que es noble y sublime. D'Alambert ha dicho: "La elocuencia, que no es para el mayor número, no es elocuencia." Y Maury ha añadido: "El pueblo, el pueblo, he aquí el mejor árbitro de vuestros trabajos oratorios." El pueblo quiere oír cosas que exciten, que conmuevan, que arrebaten; no presenciar una parada de ingenio. El que va á pelear, necesita armas y no adornos. Sencillez y energía; ved aquí todo el secreto para el calor que conmueve y exalta.

Este calor, sin embargo, ha de estar en la índole é importancia del asunto, y no en la exageracion. Cuando los sentimientos ó las ideas se exageran, degeneran en extravagancia. El delirio no es el entusiasmo. Por esto se ha dicho sin duda, que del sublime al ridículo no hay mas que un paso.

El calor, llevado al mas alto grado, constituye el patético; y en estos momentos solemnes, es circunstancia precisa del discurso, el abandono. Las imágenes deben herir con fuerza; las figuras de pensamiento deben ser atrevidas y penetrantes; el lenguaje cortante y acerado, como la espada de Alejandro; en una palabra, no debe ser el orador el que hable, sino su corazon. Entonces no hay que buscar las frases ni los conceptos; ellos se ofrecerán espontáneamente; no hay que consultar las reglas del arte, el sentimiento sabe mas que ellas; no hay que ir á caza de adornos pueriles; la grandilocuencia los desecha en estos arranques de fuego y de pasion. El orador pelea desnudo; pero fuerte é invencible, dice sin pensarlo, y sin saberlo siquiera, lo que nunca podría inventar el ingenio; y San Agustin lo compara al guerrero, que en medio del combate hiere á una

parte y á otra con armas preciosas de oro y pedrería, sin reparar en su valor. Para producir este mágico efecto, es necesario que la cabeza no domine sobre el corazon: cuando sucede lo contrario, se mostrará espíritu, pero no se producirá emocion. El discurso podrá elogiarse, pero no hará sentir.

Para hacer sentir, es necesario principalmente que nosotros estemos poseidos del sentimiento que queremos comunicar. Por eso ha dicho Horacio en su epístola á los Pisones:—*Si vis me flere, dolendum est primum ipse tibi: tunc tua me infortunia laedent.*

Esta regla, sin embargo, por mas general que sea, por mas fundada que se halle en la naturaleza, no deja de tener alguna excepcion. Hay ocasiones en que la calma y aparente insensibilidad del orador, producen una impresion y un efecto poderoso en el auditorio. Sócrates escucha su sentencia de muerte, y sin mostrar ni sorpresa ni dolor, dice con una impassibilidad admirable: "Jueces: vosotros me habeis condenado: yo ya lo esperaba, y os lo perdono: solo me admira que hayan votado tantos por mi absolucion. Atenienses: acabais de dar un motivo poderoso á los que os quieren desacreditar. Se os acusará de haber hecho morir á Sócrates, de quien se dirá que era un sábio; porque para mas vituperaros, se me dará este nombre que no merezco; en lugar de que si hubiéseis esperado un poco tiempo, yo hubiera muerto sin que Atenas se deshonrase. Mirad mi edad; apenas si se sostiene mi vida, y toco ya el umbral del sepulcro. Pero ya es tiempo de que marchemos, yo á morir, y vosotros á vivir. De estas dos cosas, ¿cuál es la mejor? Los dioses lo saben, pero los hombres lo ignoran."

Esta tranquila arenga penetró todos los corazones:

mas nótese que en tales circunstancias, no es lo mismo hablar en nombre de otro, que por sí mismo. Tales palabras, pronunciadas por una persona extraña en favor del acusado, no hubieran hecho la misma impresion. Entonces hubieran parecido frias é insulsas.—Respondamos, para concluir, á una observacion que no pocos hacen contra la elocuencia. Su historia, nos dicen, está identificada con la de los grandes crímenes. Solo en épocas de revueltas, de excesos, de agitacion y de sangre, han aparecido los grandes oradores. Esto es, señores, tomar el efecto por la causa. No ha habido conmociones y males, porque haya habido oradores. Ha habido, sí, oradores, porque les han precedido aquellas circunstancias, y por ellas y por su influjo se ha desarrollado el talento de la palabra, para vindicar los derechos de los pueblos, amenazados ó escarnecidos, ó para defender los fueros de la razon y de la justicia, atropellados indignamente. No ha producido la elocuencia el mal; ha sido, sí, su remedio.

En otra leccion presentaremos la historia de la elocuencia, y trataremos de las cualidades del orador.

Gorgias.
Droz.



UNIVERSIDAD DE...
BIBLIOTECA Y LABORATORIO

Ya habian sobresalido como oradores, Pisistrato, Alcibiades y otros; pero todavía no se conocia una escuela que enseñase este arte de encantar y de poder. Pero que fue el primero que instalo una enseñanza de él, y lo posterior de una manera admirable, Pericles, Demostenes y Demades, Pericles, que por su labia conservó siempre vivo su ascendant sobre el pueblo mas vario y mas inconstante del mundo. Pericles, quien se decía que era el bache de los discursos mas acabados. Demades, á quien todo el pueblo de Grecia toda ella escuchado, pendiente de su palabra por contar como un cuento. Demades, á quien todo el pueblo de Grecia y de sus regiones y que se le atribuia la verdadera elocuencia vigorosa y enérgica. Respecto de los retóricos y los declamadores que la han dan destruido y prostituido.

LECCION II.

Historia de la elocuencia.—Cualidades y estudios del orador.—Madrid, 23 de Febrero de 1848.

La elocuencia, señores, es hija de la poesía. Aun no habia oradores, cuando ya el divino Homero habia cantado su Iliada inmortal. Pero si bien es cierto que la poesía engendró á la elocuencia, no lo es menos que esta procuró bien pronto conquistar, y conquistó en efecto, su imperio aparte.

Protegida y fecundada por la libertad, apareció en Atenas. Aquel debia ser su mejor teatro; porque la elocuencia, principalmente la política, solo puede desarrollarse con todas sus ventajas, en los estados democráticos, en que la discusion está siempre viva y animada, y en que el talento de la palabra es á la vez el camino y el instrumento de engrandecimiento y de gloria.